



Medalla de mérito al Excmo. Sr. D. Antonio Rodriguez

Excmo. Rector Magnífico de la Universidad Carlos III de Madrid,
Excmo. Rector Magnífico de la Universidad de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo,
Excelentísimas e ilustrísimas autoridades,
Profesores compañeros del Claustro,
Amigos y amigas,
Señoras y señores.

Es obligado, y con mucho gusto, que mis primeras palabras en esta intervención sean las de agradecimiento:

Gracias, Rector, por la confianza que me otorgaste en esos primeros años, principios de 1991, en los que se comenzó a trazar el proyecto de las Humanidades en la Carlos III. No necesito este acto para recordarlo -lo mantengo siempre presente-, pero sí para manifestar mi reconocimiento.

Gracias, Decano, porque tus palabras, movidas por el afecto, se han desviado de los renglones del papel pautado que señala el protocolo.

Gracias, profesor Emilio Olías, director de la Escuela Politécnica Superior, por sus generosas palabras en las que ha resaltado los lazos de colaboración que me unen a profesores de esa Escuela.

¿Y cómo transmitir mi agradecimiento a tantas personas de esta Universidad: profesores, personal administrativo y de servicios, alumnos? Sería un empeño imposible nombrarlas. Y sin embargo quiero que sepan que a cada una de ellas van estas palabras. Sabrán que me dirijo a ellas si digo: muchas gracias a todas las personas que me han mostrado y me muestran afecto.

Algún amigo que ahora se encuentra aquí me habrá escuchado decir que, a diferencia de las deudas materiales, que crean zozobra y arruinan la tranquilidad, la deuda de afecto, el sentirse que ha recibido de los demás más de lo que puede corresponder es motivo de felicidad.

Permítanme que los minutos que tengo para hacer uso de la palabra los emplee en hacer unas reflexiones sobre las Humanidades.

Hace unos meses escuché a un prestigioso profesor, que ha dado su nombre a un importante informe sobre el estado de la Sociedad de la Información en España, la siguiente advertencia: Para países como España, la inversión en investigación básica es un lujo que sólo está destinado a los países muy ricos. España debe centrar sus esfuerzos en la investigación aplicada, la que proporciona patentes, y no en logros para la humanidad.

Estas palabras me produjeron una doble inquietud. La primera fue la desconfianza acerca de si los países más poderosos están proporcionando suficiente apoyo a la investigación básica. Porque son los pozos de los que se extrae el agua para regar y hacer fructíferos los terrenos de la tecnología. Y si se secan, y no se abren más pozos, los terrenos quedarán baldíos. Durante milenios el desarrollo técnico lo han hecho los artesanos mediante el uso repetido, las desviaciones y errores, las intuiciones, las respuestas a la necesidad. Pero la tecnología se levanta sobre los avances de la ciencia que crea las condiciones para la invención, dilata el territorio del conocimiento sobre el que levantar los edificios de la tecnología.

Pero es la segunda preocupación la que viene al caso en este discurso. Si es un lujo la investigación básica para un país como España... ¿qué lujo son entonces los estudios humanísticos?

La interpretación de este profesor refleja a la perfección una postura generalizada en nuestra sociedad y que ya ha conseguido dejar una huella muy marcada en el sistema educativo: la cultura se ha desprendido de la educación. La cultura es ya un logro que no proporciona el sistema educativo, sino que es el individuo quien por sus medios la debe alcanzar. De ahí que sólo quienes disfruten de determinadas condiciones y voluntad podrán hacerse con ella.

Entiendo por cultura: visibilidad y ajuste. Visibilidad del mundo, porque el mundo no es evidente. La cultura hace que se dilate la visión del mundo y se profundice en él, que aparezcan más cosas y sucesos que de no ser así resultarían invisibles. Y si se ve más y mejor un entorno se podrá, en consecuencia, actuar con más fiabilidad en él; de ahí que la

cultura sea también ajuste con el mundo.

Y si la cultura es visibilidad y ajuste, entonces de ahí se deriva que la cultura no es un depósito sino una actitud, un ejercicio.

Pero esta predisposición al ejercicio permanente que es la cultura en una persona se ha hecho extraña, como digo, a cualquier nivel educativo. ¿Por qué? Porque el sistema educativo se debe al mercado de trabajo. Queramos o no, estamos viendo la sociedad como una complicada máquina a la que hay que estar sirviendo constantemente piezas. Piezas de precisión que el sistema educativo debe tornearse. Y eso lo hace con la especialización en la formación. Ya desde bien temprano se inicia el absurdo desgajamiento entre las Ciencias y las Letras y continúa con estudios superiores que son cajas negras, compartimentos sin ventanas... aunque, eso sí, con la promesa de una salida... laboral.

El precio que se paga es muy alto porque las necesidades del ser humano no son sólo laborales. Por ejemplo, cada vez dispone de más tiempo para él, un ocio que sin cultura que proporciona autonomía para transformar ese tiempo libre queda a merced del entretenimiento, es decir, otra forma de consumo.

La educación hoy busca satisfacer al mercado de trabajo, no a la persona. Con esta crítica no quiero señalar que esta primera satisfacción no sea necesaria, incluso también para el individuo, pero no es suficiente.

¿Y qué papel pueden tener las Humanidades en el esfuerzo por hacer que la educación no sea sólo un proceso de especialización, sino de dilatación cultural?

Suponen un aporte, no el único, indispensable. Pero siempre que sean unas Humanidades para el siglo XXI. Unas exigencias que se pueden condensar en una principal: las Humanidades tienen que ser transdisciplinarias. Deben alcanzar la capacidad de asociación, de ensamblaje, que el carbono en la naturaleza. Nada más dañino para este propósito que la inercia a la compartimentación estanca de las disciplinas humanísticas y que tan eficazmente se auto-regula en el mundo académico.

¿Y qué ha hecho la Universidad Carlos III, desde las posibilidades de una universidad nueva, por sacar a las Humanidades de su rincón y ensayar otras funciones en el plan general de formación?

Dos intervenciones dentro de los límites es que se puede actuar.

La primera ha sido utilizar el formato de la titulación, de la licenciatura, creando una licenciatura en Humanidades. Decisión, casi podríamos decir, a contracorriente, pues -lo saben ustedes- no es una licenciatura muy apreciada y aceptada en el ámbito universitario. Pero se creó en la Universidad Carlos III con esa intención combinatoria a la que antes me refería: para que combinara con otras titulaciones que aportaran mayor ajuste en el nicho profesional y que las Humanidades dieran esa formación amplia tan necesaria. Y esa combinación se ha venido hasta ahora haciendo de dos modos: una licenciatura en Humanidades, seguida de otra licenciatura o post-grado: periodismo, audiovisual, documentación, gestión cultural, doctorado en derechos fundamentales... en nuestra universidad, o en otras universidades españolas y extranjeras; o bien presentar ya combinada, trenzada con otras titulaciones de la Carlos III.

La segunda intervención, aunque primera en el tiempo (comenzó en 1991) fue apostar por la fuerza de lo pequeño si se sabe instalar en los intersticios de lo grande. Son los cursos de Humanidades. Seis créditos de Humanidades que en dosis de uno o dos créditos deben cursar obligatoriamente todos los alumnos de la Universidad Carlos III de Madrid.

Creo en esa fuerza de lo pequeño cuando se sabe instalar en los intersticios de lo grande: de tiempo en tiempo los bomberos deben subir a la parte superior de la puerta de Toledo, en Madrid, porque está empeñada una higuera en crecer entre los sillares de la construcción. Sus raíces consiguen remover el peso muerto de la piedra, y los repetidos intentos de arrancar este afán de ser árbol han fracasado.

He tenido el honor y la satisfacción de poder participar desde un principio, y durante quince años, en este apasionante proyecto, con un trasfondo teórico mucho mayor del que pudiera parecer en un principio. En estos días, y con motivo de este acto, no he querido mirar atrás para hacer valoraciones de lo que he hecho en ese tiempo, porque estoy con el poeta José Hierro cuando dice, en su poema Fe de vida:

Sé que si busco al que fui
no lo encontraré.

He preferido plantearme cómo poder seguir aportando mi trabajo e ilusión en esta Universidad y por proyectos tan apasionantes como el de las Humanidades, junto a tantos y tan buenos amigos, compañeros y alumnos.

Muchas gracias por su atención